

Cultura y Violencia

JESÚS MOSTERÍN*

Abstract: Biological evolution has provided us with inborn aggressiveness, which is the basis of competitiveness and leadership. We also have inborn regulative and inhibitory mechanisms, that control this instinct. When these mechanisms fail, aggressiveness can lead to violence, destruction and death. Culture is the information that we got through social learning (not through genes, like nature); it resides in the brain (not in the genome, like nature). Culture is not always good; it can also lead to suffering and violence. Our natural aggressiveness can be exacerbated by certain cultural influences and ideologies. We analyze in some detail several concrete cases, like the use of guns. And we ask what can be done in order to reduce violence and cruelty in the world.

Key words: aggressiveness, boy-soldier, cruelty, culture, education, guns, inhibition, violence.

Resumen: La evolución biológica nos ha proporcionado una agresividad congénita, que constituye la base de nuestra competitividad y liderazgo. También nos ha proporcionado mecanismos reguladores e inhibidores de esa agresividad. Cuando estos mecanismos fallan, la agresividad se descontrola y conduce a la violencia, la destrucción y la muerte. La cultura es la información que hemos recibido por aprendizaje social (no por el canal genético) y reside en el cerebro, no en el genoma (como la naturaleza humana). La cultura no es siempre algo bueno; también puede conducir al dolor y la violencia. Nuestra agresividad congénita puede ser exacerbada por influencias culturales e ideológicas. Aquí analizamos con algún detalle ciertos casos concretos, como el de la tenencia y uso de las armas de fuego. Y nos preguntamos qué se puede hacer para reducir la violencia en el mundo.

Palabras clave: agresividad, armas, crueldad, cultura, educación, inhibición, niño-soldado, violencia.

En el uso vulgar, la palabra ‘cultura’ se emplea frecuentemente en un sentido mejorativo, como si la cultura solo abarcase cosas buenas, deseables o admirables. Nada más lejos de la realidad. Cultura es toda la información transmitida por aprendizaje social, y eso incluye ideas y costumbres de todo tipo. Tan cultural es la música más sublime de Mozart como las tracas y petardos más ensordecedores.

Grupos de personas sensibles protestan a veces frente a las plazas de toros por la celebración de las corridas con pancartas en las que se lee «La tortura no es arte ni cultura». Pero aunque las corridas de toros son efectivamente un caso típico de tortura como espectáculo y no tienen nada de arte, no por eso dejan de constituir una tradición cultural. De hecho, hay toda una teratología cultural, todo un catálogo de monstruosidades de la cultura: Deformaciones craneales, mutilaciones corporales, escarificaciones de la piel y tatuajes, anillos incrustados, pies estrujados, zapatos estre-

Fecha de recepción: 3 junio 2007. Fecha de aceptación: 10 julio 2007.

* Dirección: Apartado 13.- 08018 Moià (Barcelona). E-mail: jesus@mosterin.com. Ha publicado recientemente: *La naturaleza humana*, Madrid, Espasa, 2006; *Lo mejor posible. Racionalidad y acción humana*, Madrid, Alianza, 2008 (3ª ed.).

chos, cilicios, clitoritomía, adicción al opio o al tabaco, borracheras, prejuicios y supersticiones de todo tipo, espectáculos crueles, guerras, guerrillas y terrorismos diversos.

Agresividad y violencia

La palabra ‘agresividad’, en su sentido más general e inofensivo, se asocia a la energía, el dinamismo, la iniciativa y la ambición, oponiéndose así a la actitud pasiva, inerte, indiferente, estática y conformista. Esta agresividad competitiva no implica ejercicio alguno de la violencia, aunque tampoco necesariamente lo excluye.

La palabra ‘agresión’ viene del latín *aggressum*, participio del verbo *aggredi*, procedente de *ad+gradī*, que significa marchar contra, atacar, acometer, emprender. Como acabamos de ver, ‘agresividad’ tiene muchas veces una connotación positiva, de tono vital, vigor, iniciativa, ambición, ganas de participar activamente y de ganar en cualquier tarea o competición; pero otras veces tiene una connotación negativa, de hostilidad, pendencia, provocación, agresión y violencia. Podríamos hablar, para distinguir ambos sentidos, de agresividad competitiva en el primer caso y de agresión violenta en el otro.

La agresividad (en cualquiera de sus variedades) es una tendencia o predisposición transmitida genéticamente y plasmada en varias estructuras cerebrales y en el sistema endocrino. Según Konrad Lorenz y la mayoría de los etólogos, la agresividad es un instinto, pulsión o tendencia, el instinto de combate dirigido contra animales de la misma especie. Muchas especies de mamíferos establecen jerarquías y, normalmente, cuanto más agresivo es un individuo, tanto más alto es el lugar que ocupa en la jerarquía. En los experimentos en que se ha extirpado la amígdala (órgano esencial en la regulación de la agresividad) a un macho dominante de un grupo, inmediatamente ha perdido su dominancia y ha caído al lugar más bajo de la jerarquía. La agresividad, como cualquier otro instinto, ha sido seleccionada por su contribución a la *fitness* de sus portadores en condiciones naturales. Obviamente, los machos dominantes tienen más oportunidad de copular y así transmitir sus genes a la siguiente generación. Y las crías de las hembras dominantes tienen más probabilidades de sobrevivir. Casi todos los animales tenemos cierto grado de agresividad. En la mayoría, junto a la agresividad propiamente dicha, también hemos heredado mecanismos neurales que la regulan e inhiben, tanto inconscientemente, en la amígdala, como conscientemente, en la corteza prefrontal media, o en interacción entre ambas. El desajuste de esos mecanismos conduce de la agresividad competitiva a la destructiva o violencia.

En numerosas especies animales el instinto de agresividad está relacionado con la sexualidad y la territorialidad. Nunca lo he visto tan claro como en los días que pasé en 1999 en la Península Valdés (Argentina). Entre el abrupto acantilado de arenisca y el mar abierto más allá de la rompiente se extiende una plataforma de piedra y playa de entre 100 y 300 metros de anchura, cubierta en parte por las mareas altas y despejada en las bajas, llena de charcas y rocas. En estas playas vacías que se extienden a todo lo largo de la península se establecen durante la época reproductora unos 500 harenes de elefantes marinos (*Mirounga*). Cada sultán o macho dominante (lleno de heridas y cicatrices y con una fea nariz-trompa para roncar amenazadoramente) está rodeado de unas 20 hembras (de color marrón claro, como la arena) con sus crías (negras). Las crías ladran, las madres producen gruñidos agudos, y el macho, ronquidos graves y sonoros. Más lejos, a una distancia prudencial, se sitúan los machos solteros, guapos y pulidos, sin herida alguna, pero que no se comen un rosco. Cuando alguno de ellos se acerca al harén, el sultán lanza una serie de ronquidos amenazadores que lo ahuyentan; si se acerca más, es inmediatamente atacado por el sultán enfurecido. Todos son

torpes en tierra y ágiles en el agua. Pasan la temporada reproductora sin comer, viviendo de la grasa acumulada en los meses anteriores en el mar y dedicándose en exclusiva a retozar, copular, parir y amamantar a las crías. Los machos más agresivos son los que forman harenes y transmiten sus genes a la siguiente generación. Obviamente, la agresividad incrementa la eficacia reproductiva (*fitness*) de sus portadores, por lo que resulta seleccionada.

Como tantos otros aspectos de la conducta humana (desde el lenguaje hasta el gusto), el espíritu empresarial y competitivo tiene tanto un componente congénito como otro cultural o adquirido. Ya desde el principio, unos niños son más activos y ambiciosos que otros, debido a factores genéticos. Pero también influye el ambiente familiar. El éxito académico de los alumnos judíos, chinos y japoneses en Estados Unidos, en comparación con otros, se debe en parte a la mayor presión a que están sometidos en casa, donde se esperan buenos resultados escolares. También la influencia de la cultura local es importante. En California, donde tanta gente monta empresas, es más fácil que a uno se le ocurra hacerlo que en el altiplano andino, pongamos por caso. En España, es más probable que un andaluz (como Lara) desarrolle iniciativas empresariales en Madrid o Barcelona que en Sevilla, donde se valora más la tradición rumbosa que el riesgo y el esfuerzo.

Los deportistas de élite, los empresarios exitosos y los políticos que ganan las elecciones suelen ser individuos especialmente agresivos, al menos en su campo de actividad. De hecho, entre los humanos, la agresividad competitiva es necesaria para triunfar en los negocios, en la política, en la ciencia, en el periodismo y en muchos otros campos: por eso está bien valorada. Cuando una empresa busca un «ejecutivo agresivo» como jefe comercial, no está buscando un matón ni un camorrista, sino un directivo enérgico y con iniciativa, capaz de incrementar la cifra de ventas. La agresividad competitiva es una fuerza autocontrolada y sometida a mecanismos de inhibición, que evitan que se salga de quicio y degenera en violencia. En individuos equilibrados, es perfectamente compatible con el respeto a los demás. El buen funcionamiento de la economía de mercado requiere competitividad sin violencia, cosa que todavía no se da en la Rusia actual, donde los problemas de competición entre empresas se resuelven con excesiva frecuencia pagando a un pistolero para que elimine físicamente al competidor.

La agresividad violenta es una agresividad incontrolada y destructiva, en la que los mecanismos de inhibición y regulación han dejado de funcionar. Sólo conduce a la amenaza, la pelea, la destrucción, el dolor y la muerte: por eso está mal valorada. En definitiva, acaba confundándose con la violencia misma.

La palabra ‘violencia’ procede del latín *vīs*, que significa tanto violencia y violación como fuerza y vigor en general. La violencia implica el uso de la fuerza física para obtener la lesión o la muerte del otro. La violencia siempre daña y perjudica a aquél sobre quien recae, pero no todo daño o perjuicio es violencia; sólo el causado por la aplicación directa de la fuerza física. Una estafa o una calumnia pueden causar mucho daño, pero no son actos de violencia.

Un acto violento o de violencia es un acto intencional que hace uso de la fuerza para matar o dañar físicamente a otro ser vivo. En los animales predadores se distingue la violencia predatoria, dirigida contra animales de otra especie (las presas que son luego comidas), que se efectúa en silencio, de la violencia afectiva, dirigida contra animales de la misma especie, que va acompañada de rugidos o exhibiciones corporales características, y que con frecuencia se interrumpe o inhibe ante señales o gestos de miedo o sumisión por parte del animal agredido.

Algunos llaman violencia simbólica a la expresada en acciones ritualizadas que pueden interpretarse como sublimaciones de la agresión destructiva, tales como las artes marciales o incluso los semanales partidos de fútbol. De todos modos, los hinchas fanáticos de un equipo pueden llegar a

olvidarse de la sublimación y caer en la violencia a secas, como a veces ocurre con los *hooligans* ingleses.

Raíces de la violencia

Los genes determinan la estructura del cerebro. La experiencia moldea los detalles de las conexiones neurales e induce la formación de nuevas espinas dendríticas, dispuestas para nuevas conexiones sinápticas entre neuronas. Por eso no puede olvidarse el papel del entorno y de la educación en la conformación de las conexiones neurales. Los factores genéticos y los culturales están entrelazados y actúan conjuntamente en múltiples aspectos de nuestra conducta, como el lenguaje, la adicción y la violencia. En último término, tanto los factores genéticos como los ambientales y culturales se plasman en el cerebro. Estructuras localizadas en la amígdala, en el hipotálamo, en la corteza cingular y en la corteza prefrontal media desempeñan un papel decisivo. Además, la glándula pituitaria recibe las órdenes del hipotálamo y las traduce en secreciones de ciertas hormonas en el flujo sanguíneo, que las transporta a las diversas glándulas endocrinas y provoca la secreción de otras hormonas, como la testosterona por parte de los testículos. El desarrollo embrionario del cerebro de los hombres (a diferencia del de las mujeres) tiene lugar en un baño de testosterona, producido por los testículos del propio feto; además, los hombres siguen segregando más cantidad de esta hormona el resto de su vida, por lo que no es de extrañar que los hombres sean de promedio más violentos que las mujeres. De todos modos, conviene recordar que conocemos muy mal el funcionamiento del cerebro. Aún estamos lejos de poder dar una explicación fiable y precisa de la conducta violenta en términos neurológicos.

La herencia genética sólo determina parcialmente el nivel de nuestra agresividad y la posible violencia de nuestra conducta. Basta con considerar los casos tan distintos de los chimpancés (*Pan troglodytes*) y los bonobos (*Pan paniscus*), a pesar de que comparten con nosotros y entre ellos casi el 99 por 100 de los genes. Los chimpancés son bastante agresivos y violentos, mientras que los bonobos son algo así como unos hippies pacíficos, que siempre hacen el amor y no la guerra y que se dejan gobernar por las hembras. Los humanos no descendemos de los unos ni de los otros, aunque estamos estrechamente emparentados con ambos; somos sus primos, no sus hijos. Tenemos una predisposición genética tanto para la agresión como para la cooperación, y que se active más la una o la otra depende de la educación y de los estímulos que recibamos del entorno.

Puesto que tanto los genes como la educación y la cultura influyen en la conducta violenta, averiguar lo que es genético y lo que es adquirido en la predisposición a la violencia puede ayudarnos a tomar las medidas más eficaces para minimizarla.

Los factores naturales de la violencia están enraizados en el genoma del individuo violento. Ya vimos que la agresividad responde a un impulso biológico congénito, lo mismo que sus mecanismos de inhibición y regulación. Un factor importante es la capacidad del individuo de ponerse imaginativamente en el lugar de los demás, de sentir compasión, simpatía o empatía por ellos. Probablemente esta capacidad está mediada por la acción de las neuronas espejo, descubiertas por Giacomo Rizzolati en 1996. Las neuronas espejo se disparan tanto cuando nosotros mismos realizamos ciertas acciones o movimientos como cuando vemos a otros efectuar acciones o movimientos del mismo tipo, lo que posibilita la empatía. La inteligencia emocional incluye esta capacidad de entender el estado emocional en que se encuentran los demás y de empatizar con ellos, de sentir algo parecido a lo que ellos sienten. Si el ver sufrir a otro nos hace sufrir a nosotros mismos, esta

compasión frena e inhibe nuestra violencia hacia el otro. En la personalidad violenta dichos mecanismos están desactivados, por lo que la agresividad desenfrenada puede desembocar en actos de violencia tremenda.

De todos modos, la agresividad innata puede ser modelada, educada y entrenada en distintas direcciones y en cuál lo sea depende en parte de los influjos culturales que recibamos. Según Sanmartín¹, el 20 por 100 de los casos de violencia registrados se deben a factores biológicos que actúan sobre la agresividad heredada, mientras que el 80 por 100 se deben a influjos ambientales o culturales.

Hay que distinguir la violencia espontánea, pasional u hormonal, que está agazapada a flor de piel y se dispara por cualquier estímulo que irrite al violento, de la violencia premeditada, ideológica o política, resultante de la propaganda, la agitación y el acoso, cuando no de la programación detallada y decidida en las más altas instancias del gobierno, como en los casos del Holocausto de los judíos ordenado por Hitler, del Gulag soviético montado por Stalin, de las matanzas organizadas por Pol Pot en Camboya o de la carnicería de tutsis en Ruanda, promovida desde el gobierno.

El fanatismo, el odio y el prejuicio son factores culturales que contribuyen a explicar la extensión de ciertos fenómenos extremos de violencia. En un medio social donde el antisemitismo es prevalente, este prejuicio puede extenderse cada vez más por contagio cultural: los memes del antisemitismo saltan de cerebro en cerebro hasta que llegan a «infectar» a la mayor parte de la población. Esto induce a los individuos más agresivos a emprender acciones violentas contra los judíos, como en el caso de los pogromos de Rusia y Europa Oriental o del holocausto organizado por los nazis. Por otro lado, los individuos menos violentos, aunque no emprendan agresión alguna por su cuenta, toleran o miran hacia otro lado ante la violencia de los matones, pues el meme del antisemitismo disminuye drásticamente el umbral de su sentimiento de indignación moral y compasión, cuando los agredidos son judíos.

Los seguidores de las religiones dogmáticas y proselitistas, como el cristianismo y el islam, han solido ser proclives a la violencia. Al grito de «Dios lo quiere», cristianos y musulimes han emprendido todo tipo de guerras, cruzadas, guerrillas, matanzas y persecuciones. Más calmados y pacíficos han solido ser los budistas o jaimistas, seguidores de religiones poco dogmáticas y que siempre han predicado la *ahimsa* o no-violencia como el máximo principio moral. Las ideologías políticas del nacionalismo, el marxismo, el fascismo y el nazismo han fomentado el fanatismo y la agresividad violenta entre sus seguidores. Y los prejuicios machistas contribuyen en muchas sociedades a la prevalencia de la violencia doméstica dirigida contra las mujeres. En cualquier caso, es indudable que todas estas influencias culturales contribuyen decisivamente a atizar la agresividad humana y a mellar los mecanismos de su inhibición.

Adiós a las armas

Aunque todas las técnicas y herramientas pueden ser usadas con malas intenciones, su función principal suele ser beneficiosa, o al menos moralmente indiferente. Un criminal puede matar a alguien pegándole un martillazo en la cabeza, como hizo Aleksandr Pichushkin, «el asesino del martillo», con sus más de 50 víctimas, por lo que fue condenado en 2007. De todos modos, el martillo está hecho para clavar clavos, no para machacar cráneos. También se puede matar a alguien atropellándolo con el coche o abriendo la espita del fogón de gas, pero el coche está hecho

1 José Sanmartín (ed.). *El laberinto de la violencia: Causas, tipos y efectos* (2004), p. 23.

para transportarnos y el fogón, para cocinar. Una excepción a la aséptica neutralidad moral de la técnica la constituyen las armas de fuego, que sólo sirven para matar. Carecen de otra función o utilidad que no sea la de segar la vida de un ser humano o, en general, de un animal. El horror de la muerte violenta no es un efecto colateral indeseado, sino la esencia, la finalidad y la única razón de ser de las armas.

Incluso a los admiradores de los Estados Unidos nos choca la abundancia de armas de fuego (tantas como ciudadanos), que circulan como un oscuro río de muerte potencial por casas, calles, escuelas y montañas de ese país, creando un clima de inseguridad colectiva, que sin duda constituye el mayor fracaso de la sociedad americana. Con tantas armas por todas partes, no es de extrañar que continuamente ocurran tragedias. Los niños americanos con frecuencia se matan unos a otros jugando con las armas de sus padres o empuñándolas para vengar supuestos agravios escolares.

Citemos unos pocos casos recientes. En 1998, dos niños (de 11 y 13 años) cogieron los rifles de sus padres ausentes y mataron a tiros a cuatro compañeras y una maestra de su escuela en Jonesboro (Arkansas) para desahogar un temprano revés sentimental. En 1999, dos chicos (de 17 y 18 años), Eric Harris y Dylan Klebold, armados hasta los dientes con dos fusiles de cañones recortados, una metralleta, un rifle automático y diversas bombas de mano, provocaron una espantosa matanza en la escuela Columbine, junto a Denver (Colorado), para vengarse de los compañeros que se habían reído de ellos. Eligieron el día del cumpleaños de Hitler para su acción, que acabó con su propio suicidio, tras haber matado a 12 estudiantes y un profesor y haber herido de bala a 23 compañeros más. En 2005, en una reserva india de Minnesota, un adolescente de 15 años, Steff Wiese, primero mató a tiros a sus abuelos y a continuación fue a su escuela, donde asesinó al maestro, al guarda de seguridad y a cinco de sus compañeros, antes de suicidarse él mismo. En 2007, el coreano Cho Seung Hui, de 23 años, con armas de fuego que acababa de comprar, organizó una masacre en el campus de la Universidad Politécnica de Virginia, en la que estudiaba, matando a tiros a 33 personas y suicidándose a continuación.

Cada uno de estos episodios conmocionó al país. El cineasta Michael Moore produjo un famoso documental, *Bowling for Columbine* (2002), que tuvo gran repercusión, pero nadie fue capaz de traducir la indignación popular en cambios legislativos, debido a la feroz oposición de la poderosa National Rifle Association (NRA). La NRA es una potentísima asociación de cazadores, aspirantes a Rambos, civiles travestidos de militares y fabricantes y vendedores de armas, que cuenta con más de tres millones de miembros cotizantes y fácilmente movilizables. Fue fundada en 1871 en Nueva York para promover la posesión de armas de fuego y la práctica de la caza, así como para oponerse a toda medida legislativa tendente a reducir o controlar la venta de las armas de fuego. Sus generosas contribuciones a las campañas electorales de los congresistas afines y su enorme poder de convocatoria entre los sectores más incultos de la población hacen de la NRA un lobby capaz de bloquear cualquier intento de reforma. No sólo chantajea a los políticos con su disciplinada reserva de votos, que pueden decidir las elecciones reñidas, sino que no vacila en emplear su abundante dinero para sobornar a los legisladores a fin de impedir que cualquier iniciativa en contra de las armas de fuego salga adelante.

La desvergüenza de la NRA parece no tener límites. Incluso en 1999, todavía caliente la sangre de las víctimas de la escuela Columbine, en Denver, la RNA no vaciló en celebrar allí mismo de un modo provocativo su convención anual, a pesar de la oposición del alcalde y de la población local. Su comentario oficial a la matanza fue que la sociedad americana necesita más armas, no menos, y que los maestros deberían ir armados, pues si los maestros de la escuela hubieran portado armas de fuego, podrían haber abatido enseguida a los dos adolescentes exterminadores. Incluso más tarde

consiguió que fueran anuladas las pocas medidas que el presidente Clinton logró promulgar para controlar el tráfico de armas de fuego. No sólo a nivel federal, también en cada Estado su influencia es grande. Cuando la ciudad de Phoenix pretendió prohibir que los niños llevaran armas, la NRA puso el grito en el cielo. Cuando en 2002 la Universidad del estado de Utah decidió prohibir las pistolas en el campus, tanto el gobierno autónomo de Utah como su fiscal general se opusieron a la medida. Y constantemente trata la NRA de infundir miedo en la clase media, convenciendo a la gente de que solo con armas de fuego en casa o en el bolsillo puede uno estar seguro de los criminales.

La prevalencia de las armas de fuego y de la afición a la caza y a los disparos en amplios sectores de los Estados Unidos es un fenómeno cultural, transmitido y fomentado desde la infancia tanto por el ejemplo de las propias familias como por la propaganda y los cursos organizados por la NRA. En miles de institutos de enseñanza media (*high schools*), los adolescentes de entre 12 y 16 años reciben cursos de caza, impartidos y subvencionados por la National Rifle Association. Cada año se gradúan más de 700.000 personas en cursos promocionales para aprender a manejar las armas de fuego.

El mundo entero está lleno de psicópatas. Incluso los cuerdos se irritan a veces, la sangre se les llena de adrenalina y pierden el control de lo que dicen o hacen. Todos los días la gente se insulta por una plaza de aparcamiento o cualquier otra minucia. Si no echan mano del revólver es porque, afortunadamente, no tienen un revólver a mano. Cuantas más armas de fuego circulen, tanto más probable será que sean usadas y tantos más inocentes morirán de un modo absurdo e injusto. En Estados Unidos hay más armas de fuego que en ningún otro país desarrollado y, consecuentemente, la probabilidad de morir de un balazo es cincuenta veces superior que en Inglaterra o en Japón. Todos mis amigos americanos están horrorizados por la situación y desearían que las armas de fuego estuviesen prohibidas. Incluso el mismo presidente Clinton lo deseaba. ¿Por qué no se pone coto a esta locura? La Asociación Nacional del Rifle y la Constitución lo impiden.

La constitución de los Estados Unidos de América, aunque aprobada en 1787 por la Convención reunida en Philadelphia, todavía tenía que ser ratificada por los diversos estados de la unión, algunos de los cuales, recelosos de una posible acumulación de poder en el gobierno federal, se negaron a ratificarla mientras no incluyese una referencia explícita a los derechos de los ciudadanos. James Madison, «el padre de la constitución», redactó entonces el *Bill of Rights* (declaración de derechos), en forma de una serie de enmiendas a la constitución, que así complementada fue finalmente ratificada en 1791 por todos los estados, con lo que pudo entrar en vigor. Los estados no estaban dispuestos a renunciar a sus propias milicias de ciudadanos, por lo que deseaban la garantía de que el Congreso federal no podría nunca desarmar a la milicia de ningún estado. Por eso la segunda enmienda dice: «Siendo necesaria para la seguridad de un estado libre una milicia bien regulada, no se infringirá el derecho del pueblo a tener y portar armas». Esa enmienda ha sido luego interpretada como una garantía del derecho de los ciudadanos a portar armas, sin más. Un estado puede restringir las armas en su propio territorio, pero el gobierno federal no puede hacerlo. La prohibición de las armas de fuego en todo el país, que sería la única medida eficaz, requeriría cambiar la constitución. La aprobación de una enmienda constitucional requiere el voto favorable de dos tercios de ambas cámaras del Congreso, y su posterior ratificación por los parlamentos de tres cuartas partes de los estados. Estas condiciones son difíciles de cumplir. De las 7.000 enmiendas consideradas por el Congreso, solo 26 han acabado siendo aprobadas. De ellas, 10 fueron propuestas por Madison. En los últimos 200 años solo se han aprobado 15 enmiendas.

El problema no es solo americano. En 1996, el psicópata Thomas Hamilton (con permiso legal de armas) entró con cuatro pistolas en la escuela de Dunblane (Escocia) y acabó en menos de tres minutos con la vida de 16 escolares de cinco y seis años y con la de su maestra, matándolos a bocajarro antes de suicidarse. Al menos el gobierno británico reaccionó a la matanza poniendo fuera de la ley todas las armas de fuego (excepto las de tiro olímpico de calibre 22, que sin embargo deberán permanecer depositadas en los clubs de tiro). En 1997 se requisaron rifles y escopetas. Desde 1998, guardar una pistola o un revólver en casa es delito. También en 1996, el demente Martin Bryant, armado con dos fusiles semiautomáticos, entró en un café en Port Arthur (Tasmania), mató a tiros a 35 personas, incluyendo veinte clientes sentados y una joven madre que estaba de pie con su hija de tres años en brazos. La conmoción causada por el macabro incidente provocó que en Australia se prohibieran una amplia gama de armas de fuego, como los populares fusiles de caza de tiro rápido. Además, el gobierno compró y destruyó más de 600.000 armas de fuego que estaban en manos de particulares.

La conducta humana depende conjuntamente de factores hereditarios y adquiridos, naturales y culturales. Los protagonistas de la mayoría de los episodios citados eran psicópatas, individuos tarados, cuyos cerebros tenían dañados o desactivados los mecanismos de inhibición de la violencia. Normalmente, los humanos estamos genéticamente preprogramados para que las caras redonditas de los niños pequeños despierten nuestra ternura e inhiban cualquier respuesta agresiva por nuestra parte. Sin embargo, el pistolero que en 1996 mató a bocajarro a los infantes aterrorizados de la escuela escocesa de Dunblane o el que ese mismo año, al encontrarse con una madre para él desconocida con una criaturita en brazos y otra hijita en la otra mano, no vaciló en disparar repetidamente contra la madre y sus dos hijas, hasta dejar a las tres acribilladas a balazos, obviamente carecían de mecanismo alguno inhibitorio de la violencia asesina. Además, esas personas están influenciadas por el ambiente cultural que tolera y promueve el uso de armas de fuego e incluso por los ejemplos previos. El estudiante coreano Cho Seung Hui, autor de la masacre de 2007 en la Universidad Politécnica de Virginia, en un vídeo demencial grabado poco antes de su macabro tiroteo, cita como «héroes» a Eric Harris y Dylan Klebold, los autores de la masacre de la escuela Columbine ocho años antes.

Hay que poner coto a la producción, venta, posesión y uso de pistolas, escopetas, rifles, metralletas, minas, granadas, bombas de todo tipo y demás instrumentos monográficos de muerte y destrucción. Hay que aspirar a un mundo sin pistoleros, cazadores, terroristas, milicianos ni psicópatas armados. Hay que prohibir incondicionalmente las armas de fuego (excepto en su uso profesional por la policía). Hay que decir adiós a las armas.

El dedo en el gatillo

En España circulan legalmente tres millones de armas. Los psicólogos han alertado ante la falta de rigor en las pruebas para la obtención de la licencia de armas, que permiten que se conceda a cualquier psicópata, como el cazador con permiso en regla que mató a cuatro personas con una escopeta de caza durante la procesión del Corpus en la aldea leonesa de Herreros de Rueda. De hecho, todos los años los cazadores matan a personas inocentes en el campo, y basta con que digan que confundieron a la víctima (una mujer leyendo el periódico bajo un árbol, por ejemplo) con un jabalí para que los jueces los absuelvan. También se matan entre ellos.

Iván el Terrible de Rusia era un cazador infatigable en el siglo XVI, lo mismo que Stalin y Franco en el XX. Pero la época de la caza ya ha pasado y los cazadores aparecen como figuras

ridículas y violentas, que no despiertan la más mínima admiración y sí una creciente irritación moral, como han podido comprobar el rey Juan Carlos o el vicepresidente Dick Cheney.

Nadie discute el positivo papel desempeñado por Juan Carlos de Borbón en la transición española a la democracia tras la muerte de Franco ni su decisiva contribución a abortar la intentona golpista del teniente coronel Tejero en 1981. Pero su relación con las armas de fuego y con la caza no le ha cubierto precisamente de gloria.

En la entrevista del 25 de agosto de 1948 entre Franco y Juan de Borbón, se acordó que los hijos de este último, Juan Carlos y Alfonso, se trasladarían a España a estudiar. En los períodos vacacionales, los hermanos regresaban a la residencia familiar de Estoril, donde vivían sus padres. Al joven Juan Carlos ya entonces le gustaba tontear con las armas de fuego y su dedo sentía la pulsión del gatillo. El 29 de marzo de 1956, jugando con su hermano Alfonso, Juan Carlos le disparó un tiro en la cara con un revólver, causándole la muerte. Juan Carlos pensaría que el revólver estaba descargado, pero jugar con armas de fuego siempre es peligroso y ya se sabe que las armas las carga el diablo. Al pobre Alfonso lo enterraron discretamente en Portugal y más tarde, aunque no menos discretamente, lo trasladaron al monasterio del Escorial, donde ahora reposan sus restos. Apenas se habló del asunto, pues tanto Franco como Juan de Borbón coincidían en la conveniencia de echar tierra encima. Disparar a la cara del hermano de 14 años y matarlo, por muy jugando que sea, debe de ser una experiencia traumática, que apartaría para siempre a cualquiera que la haya tenido del contacto con las armas de fuego. Sin embargo, el efecto esperable no se produjo, y la pulsión del dedo hacia el gatillo seguía causando problemas al rey Juan Carlos y a la monarquía medio siglo después.

Aunque la caza tenía sentido durante el Paleolítico, lo perdió por completo tras la revolución del Neolítico, que tuvo lugar hace unos diez mil años. Es cierto que a los reyes asirios les llevaban leones en jaulas para que el monarca los alancease. Se suponía que el rey siempre estaba machacando cabezas de enemigos y que en los ratos libres se entretendría matando animales. Todavía a mediados del siglo XX los jefes del franquismo y los hombres de negocios enchufados intercambiaban favores corruptos a la sombra de la complicidad establecida durante sus cacerías compartidas, que además aliviaban su exceso de testosterona. Varias de las mejores películas del cine español, como *La caza*, de Carlos Saura, o *La escopeta nacional*, de Luis García Berlanga, testimonian de este oscuro período. En cualquier caso, ahora vivimos en el siglo XXI, cuyos valores e inquietudes no son los del Paleolítico ni los del Imperio Asirio y ni siquiera los del franquismo. Incluso en Inglaterra ya han prohibido su tradicional caza del zorro, y eso que el zorro no está en peligro de extinción. En su tiempo, Félix Rodríguez de la Fuente trató de atraer a Juan Carlos hacia la nueva sensibilidad, pero la muerte prematura del primero privó al segundo de una saludable influencia que quizás habría acabado apartándolo del gatillo.

Las especies en peligro de extinción son objeto de intensa preocupación, sobre todo si se trata de animales tan emblemáticos como el oso. Los osos, que ya eran abundantes en la Península Ibérica en el Pleistoceno medio, han sido perseguidos con saña hasta su casi total exterminio. ¿Dónde están los osos de Madrid, la villa del oso y del madroño? ¿Dónde los osos que dan su nombre al gran monasterio gallego de Oseira? Los millones de niños enamorados de sus osos de peluche, ¿tendrán la oportunidad de ver osos de verdad en el futuro? La Unión Europea se está gastando millones de euros en reintroducir algunos osos en las zonas de las que habían desaparecido, como los Pirineos. Un número grande de europeos comparte esta preocupación y contempla con indignación moral que todavía se sigan cazando estos magníficos animales.

La pulsión del dedo que aprieta el gatillo y produce el derrumbe del animal grande y hermoso lleva a cazadores adinerados y sin escrúpulos a contratar agencias como Abies Hunting,

especializadas en organizar cacerías terribles de elefantes en África o de osos en Europa. La zona de Europa donde todavía podría salvarse una población viable de osos está en los Cárpatos de Rumanía, aunque incluso allí la población se ha reducido a la mitad en los últimos años y empieza a estar amenazada. El sanguinario dictador Nicolae Ceausescu solía desfogar sus malos instintos con la caza de osos desde su chalet de Covasna, en plena Transilvania, la tierra de Drácula. El ex-comunista Adrian Nastase fue primer ministro de Rumanía hasta diciembre de 2004, en que perdió las elecciones. Nastase era también presidente de la Asociación Rumana de Cazadores y atraía a personajes ricos o influyentes conocidos por su afición al gatillo con la promesa de ofrecerles osos que abatir y, para mayor morbo, alojándolos en el chalet de caza del mismísimo Ceausescu.

En octubre de 2004, en los últimos días de Nastase en el poder, la agencia Abies Hunting organizó a Juan Carlos de Borbón un viaje privado para matar osos en los Cárpatos. El rey pasó el fin de semana en Covasna, hospedado en el chalet de Ceausescu, abatiendo a tiros a cinco osos y otros animales. El escándalo estalló en la prensa rumana y rápidamente dio la vuelta al mundo a través de Internet. Apenas tres meses después, en enero de 2005, la prensa austríaca dio a conocer una nueva cacería de Juan Carlos, llegado expresamente en avión privado a Graz con la correspondiente comitiva de guardaespaldas. Tanta cacería lejana empezaba a oler a chamusquina. El diputado Joan Tardá preguntó al Ejecutivo si le parecía ético que el rey gastase el dinero que le otorga el Estado en la caza de especies que en muchos países europeos, incluida España, están protegidas por la ley. El senador Iñaki Anasagasti interpeló al gobierno español para saber «cuánto cuestan estas cacerías, quién las paga y con qué gente va». El gobierno se escabulló como pudo, contestando que las cacerías son «actividades de carácter privado» de la Casa Real y que, por lo tanto, están «excluidas de refrendo por parte del Gobierno». También declinó informar sobre su costo.

Pero ni por esas. La pulsión de apretar el gatillo parece ser incontenible. En octubre de 2006, Juan Carlos volvió a ir en avión especial nada menos que a Rusia a fin de abatir otro oso. El diario moscovita *Kommersant* publicó la carta del técnico responsable de la caza en la provincia rusa de Vólogda, donde había tenido lugar la presunta cacería consistente en colocar delante del rey a un «bondadoso y alegre oso» del zoo local, llamado Mitrofán, transportado en una jaula y soltado para que el rey lo abatiese de un tiro, como así ocurrió, por lo que el técnico lamenta que con estas prácticas «se transforme la caza en una payasada sangrienta». La noticia enseguida dio la vuelta al mundo. La casa real se limitó a poner en duda que el oso estuviera drogado, que era lo de menos. Estas cacerías no incrementan precisamente el prestigio del monarca ni el de la monarquía, y seguro que en su misma familia gozan de limitada aceptación.

El vicepresidente norteamericano, Dick Cheney, famoso como político duro e inspirador de la guerra de Iraq, es también aficionado a la caza. En 2006, durante una cacería de codornices en Texas, Dick Cheney disparó por error a la cara y el tórax del anciano abogado Harry Whittington, que sufrió un ataque al corazón y un incidente de fibrilación atrial como consecuencia de la incrustación de varios perdigones en su corazón. El embarazoso incidente no se dio a conocer cuando se produjo y, en cuanto fue aireado por la prensa, tampoco contribuyó precisamente al prestigio del vicepresidente ni de la administración Bush, de la que formaba parte.

Contención de la violencia

El estudio detallado de la historia humana pone los pelos de punta por la continua sucesión de actos de violencia tremenda que registra. Mucha gente ha sufrido esa violencia o ha vivido aterrada por la amenaza a la que estaba sometida. Nada espantaba tanto como la posibilidad de ser objeto de

violencia. Nada se deseaba tanto como librarse de la violencia. Por eso, desde sus inicios, todas las morales contenían normas y preceptos destinados a frenar o acotar la violencia. Los más radicales y consecuentes en la oposición ética a la violencia fueron los jainistas y budistas, que hicieron de la *ahimsa* (no-violencia) el principio fundamental de su moral. Esta idea fue luego adoptada por gran parte del pensamiento indio, así como por los dos grandes emperadores Ashoka y Akbar, y por el líder pacifista del movimiento por la independencia de la India, Gandhi.

A pesar de todo, la violencia sigue siendo una realidad cotidiana en muchas zonas del mundo, como Colombia y México, Filipinas y Camboya, Iraq y Afganistán, asoladas por todo tipo de guerrillas, bandas armadas de narcotraficantes, atracadores, secuestradores y pistoleros de toda laya. En otros países, aunque gozando de mayor orden y estabilidad, hay poderosos grupos mafiosos del crimen organizado, como la *yakuza* en Japón, la Mafia y la Camorra italianas o las mafias rusas de pistoleros que proliferaron tras la caída del comunismo.

Quizá la peor situación de violencia se dé en los países fallidos, en los que no hay Estado ni autoridad que funcione, ni ley alguna que se aplique, y donde múltiples milicias, bandas, guerrillas y señores de la guerra se combaten mutuamente de un modo inacabable y caótico. En esa situación se encuentra Somalia desde 1991, y se han encontrado otros países africanos como el Congo, Sierra Leona, Angola y Sudán, así como el Líbano durante la guerra civil (1975-1990). Estas situaciones degradadas recuerdan al «estado de naturaleza» imaginado por Hobbes, y para salir del cual se habría inventado el Estado. En efecto, según los clásicos del pensamiento político, como Thomas Hobbes (1588-1679) y John Locke (1632-1704), evitar la violencia generalizada es el fin y la función principal del Estado, y la única razón por la cual ciudadanos racionales renunciarían a parte de su libertad.

Según Hobbes en *De Cive* (1642) y en *Leviathan* (1651), en estado de naturaleza todos los hombres tienen omnímoda libertad, pero están enfrascados en una perpetua guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*); su vida es «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta», viven en perpetuo miedo unos de otros y a nada aspiran tanto como a la seguridad. Para alcanzar esa seguridad, están dispuestos a renunciar a su libertad individual, que es lo que hacen en el gran pacto que da lugar a la constitución del Estado: cada individuo abdica de su libertad en un soberano (un rey o consejo) que adquiere el poder supremo. Haga lo que haga, y aunque se equivoque y abuse de su poder, el ciudadano está obligado a obedecer. En ningún caso es justificable la rebelión, que constituye la ruptura del contrato constitutivo de la sociedad y la vuelta a la guerra (*re-bellum*) de todos contra todos, que es todavía mucho pero que el peor soberano. La posición de John Locke sobre el origen del Estado es parecida, pero con dos notables diferencias: Locke cree que la razón y la tolerancia forman parte desde el principio de la naturaleza humana, también en el estado de naturaleza; y Locke piensa que la rebelión de los ciudadanos contra el soberano está justificada y es incluso obligatoria cuando el soberano abusa de su poder e incumple su parte en el contrato social que da origen al Estado. En cualquier caso, en todas estas teorías del hipotético origen del Estado en un contrato social, el Estado resultante ejerce el monopolio de la violencia legal. A partir del contrato, toda violencia está prohibida, excepto la del Estado.

Aunque Hobbes pensaba que los Estados se comportan en el marco internacional como los individuos en el estado de naturaleza, no sacó la misma conclusión sobre la necesidad de un orden político internacional y se conformó con mantener su pensamiento encerrado en el marco estrecho del Estado nacional soberano. En efecto, los Estados pueden hacer lo que quieran y pueden defenderse por todos los medios, incluso mediante la guerra. En el siglo XX, John Rawls (1921-2002) renovó la teoría del contrato social en su obra *A Theory of Justice* (1971), sustituyendo el estado de

naturaleza por la nueva hipótesis de la posición original, donde los ciudadanos actúan bajo el «velo de la ignorancia», no sabiendo la situación que efectivamente ocuparán en la sociedad, por lo que pueden negociar su constitución en ausencia de prejuicios egoístas. Más tarde trató de extender su teoría a las relaciones internacionales en *The Law of Peoples* (1999).

Aun dejando de lado las teorías (más bien fantasiosas) del contrato social, toda la tradición jurídica, democrática y liberal del Estado moderno admite que la protección del ciudadano frente a la violencia de los demás es una de las misiones básicas del Estado y del Derecho. Dentro de esta lucha legal contra la violencia, los actos violentos suelen estar prohibidos y penados por la ley como delitos. Un delito es un quebrantamiento de la ley, una acción u omisión penada por la ley. Un delito especialmente grave es un crimen. Crímenes paradigmáticos son los delitos de sangre, como matar o herir gravemente a otro. Toda violencia extrema contra humanos es un crimen. Sin embargo, no todo delito es violento. La ley también prohíbe y pena actos no violentos, como la deserción, el impago de impuestos, los robos de guante blanco, la estafa o la falsificación de moneda.

Todo el mundo razonable está interesado en reducir la violencia, pero nadie sabe muy bien qué hacer para conseguirlo. Muchos de los crímenes y actos de violencia más execrables los cometen psicópatas e individuos con una agresividad violenta descontrolada, característica que parece tener un fuerte componente genético. Una parte de la solución podría venir de la eugenesia. Así como se abortan los fetos con el síndrome de Down, podrían también abortarse los fetos con el «síndrome de la violencia compulsiva», con lo que tanto sus padres como la sociedad saldrían ganando. Pero de momento estas soluciones eugenésicas no son aplicables y no lo serán hasta que conozcamos mucho mejor el genoma humano y hayamos identificado con seguridad los genes que intervienen en la violencia y su contexto interactivo. Sabemos lo que es el síndrome de Down (consiste en tener tres cromosomas 21 en vez de los dos habituales), pero no tenemos ni idea de lo que podría ser un presunto «síndrome de la violencia compulsiva».

La violencia está modulada químicamente por una serie de moléculas, hormonas y neurotransmisores. También la ingestión de alcohol y otras drogas puede tener un efecto drástico en la desinhibición de la agresividad violenta. La industria farmacéutica ha desarrollado una serie de fármacos antipsicóticos, como la clozapina, destinados a tratar diversas psicosis, y que podrían modificar la conducta violenta de ciertos individuos. Aunque resultan útiles en la práctica psiquiátrica, no está clara su contribución a la eliminación social de la violencia.

Otras dos importantes vías hacia la reducción de la violencia son el sistema educativo y el sistema penal. La educación tiene una gran influencia en mitigar o exacerbar las tendencias agresivas y violentas que puedan existir en los alumnos. El sistema penal, formado por las leyes que castigan las conductas violentas, los jueces que las juzgan, los policías y las prisiones, influye en los cálculos y decisiones de los violentos, incrementando o disminuyendo el precio que han de pagar por llevar a cabo determinados actos de violencia. En cualquier caso, así como la eventual eugenesia y los psicofármacos actúan sobre la naturaleza biológica del individuo, tanto la educación como el sistema penal son factores puramente culturales, que actúan sobre las ideas, intenciones, planes y cálculos de los humanos. También la ética y la filosofía en general pueden tener alguna influencia como factores culturales que invitan a los individuos a la reflexión y la racionalidad, lo que puede redundar en un filtrado de los impulsos inmediatos que inhiba los más violentos y libere los constructivos o positivos.

Para terminar, hay que señalar que la situación actual de la violencia en diversos sitios, como, por ejemplo, en Europa, ha mejorado notablemente. Las seis décadas y pico transcurridas desde

1945 constituyen el más largo período de paz de la historia europea. También la cultura y la actitud frente a la violencia y a la guerra de los europeos ha cambiado considerablemente en estos años. En España, es notable el contraste entre la crispación ideológica y la orgía de violencia que acompañó a la guerra civil de 1936-39 con la prevalencia del escepticismo y el pasotismo en la actualidad.

Violencia de Estado

El Estado, concebido por algunos como el remedio a la violencia, ha sido él mismo la fuente de las mayores manifestaciones de violencia conocidas. La destrucción implacable de ciudades y el exterminio de sus habitantes para sentar un ejemplo del castigo que espera a los desobedientes ha solidado acompañar a la fundación de todos los imperios. Además, y sobre todo, los Estados se han comportado en sus relaciones mutuas como matones irresponsables, amparándose en su presunta soberanía para emprender incontables guerras. Tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial causaron cada una más de 50 millones de muertes violentas. Y es probable que las conquistas mongolas del siglo XIII produjesen ya un número parecido de víctimas. De todos modos, aquí no vamos a tratar de las guerras entre Estados, sino que nos limitaremos a mencionar algunos de los casos famosos de violencia interior masiva organizada desde el Estado en el siglo XX: el exterminio de los armenios en Turquía, el GULAG de Stalin en Rusia y el holocausto de los judíos a manos de los nazis.

El primer genocidio sistemático y organizado por un gobierno en el siglo XX fue el genocidio de los armenios en Turquía, llevado a cabo por el gobierno nacionalista de los «jóvenes turcos» entre 1915 y 1917 y que costó la vida a un millón de armenios, aproximadamente. Ya antes del genocidio, los armenios habían estado discriminados y sometidos a periódicas persecuciones y masacres. Con el resto del mundo enfrascado en la Primera Guerra Mundial, en 1915, el gobierno turco decretó la confiscación de todas las propiedades de los armenios, su expulsión de las tierras que ocupaban y su deportación forzada, durante la que serían sistemáticamente tiroteados y liquidados por el ejército turco y sus grupos paramilitares. Algunos lograron huir a través del Cáucaso. La mayoría perecieron. La gran población armenia de Turquía quedó prácticamente exterminada.

Stalin llevó a cabo la colectivización forzosa de la agricultura rusa y ucraniana en 1932-33. Todos los agricultores independientes que poseían sus propias tierras, o que practicaban el comercio, o que poseían alguna maquinaria, fueron calificados como *kulaks* y declarados enemigos de la revolución bolchevique. Stalin ordenó la liquidación física de los kulaks, que eran los únicos agricultores realmente competentes que había en el país. Su exterminio y la destrucción de sus granjas y explotaciones independientes condujo a la ruina y la crisis de la agricultura, lo que a su vez condujo a la hambruna generalizada: unos 8 millones de campesinos murieron de hambre en esos dos años. Unos kulaks fueron fusilados; otros, enviados a los campos de la muerte del GULAG. Durante la era de Stalin (1928-1953) cerca de 20 millones de ciudadanos fueron enviados al GULAG, el sistema de campos de trabajo forzado y concentración, situados en lugares fríos y aislados en los Urales y Siberia, donde el 95 % de los presos morían de frío, hambre, enfermedad y malos tratos. Otros varios millones murieron por ejecución sumaria, o por hambrunas y deportaciones planeadas. Toda esta inmensa violencia no tenía nada que ver con los impulsos agresivos congénitos, sino que dependía exclusivamente de factores culturales, sobre todo el extremo fanatismo ideológico de los bolcheviques y las obsesiones paranoicas de Stalin y su entorno. Después de 1953 el número de prisioneros del GULAG descendió considerablemente. Bajo Nikita Jrushchov (1953-1964) y Leonid Brezhnev (1964-1982) «solo» fueron enviados al GULAG por delitos políticos unos 10.000

ciudadanos; varios millares más fueron enviados a manicomios. Los últimos presos políticos fueron soltados en 1992.

En Alemania, Hitler y Goebbels no trataban de argumentar sus ideas, sino de crear una atmósfera emocional cargada, donde la música, las banderas, las antorchas, los gritos y los eslóganes, repetidos hasta la saciedad, no dejaban hueco alguno para pensar o razonar. El antisemitismo visceral se articulaba en una serie de frases carentes de sentido. Los nazis no sabían nada de biología, pero se les llenaba la boca con palabras como «raza» y «sangre». El mundo se dividiría en razas. La «raza» aria o alemana sería la superior. La «raza» eslava sería inferior y debería ser colonizada. La «raza» judía sería la más inferior de todas, y no se pregunte por qué. Con el gran éxito intelectual, artístico, profesional y económico que estaban teniendo muchos judíos alemanes, no tenía ningún sentido decir que fuesen inferiores. Pero había que considerarlos inferiores porque sí, porque lo decía Hitler, porque tenían mala «sangre».

En enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller y, tras unas elecciones en las que su partido consiguió el 44 % de los votos, el Parlamento, los municipios, las regiones y las otras instituciones del Estado fueron suspendidas. Hitler fue nombrado jefe del Estado, jefe del ejército, *Führer* (caudillo) y *Reichskanzler* (Canciller imperial). Además, seguía siendo el jefe absoluto del partido único, la NSDAP, y de sus instituciones paramilitares y parapoliciales, como las SS. Desde ese momento, el odio paranoico de Hitler contra los judíos iría desplegándose implacablemente. Ya en 1933 se decretó el boicot de todos los comercios judíos. En 1935, mediante una «ley de protección de la sangre», se prohibió el matrimonio y cualquier tipo de relación sexual entre judíos y no judíos. Otra «ley de ciudadanía» excluía a los judíos de la ciudadanía alemana, aunque seguían estando sometidos al Estado alemán. El gobierno imprimía continuamente millones de panfletos y carteles antisemitas, que se repartían en calles y escuelas y que representaban a los judíos como seres repulsivos y malvados. En 1937 los empresarios judíos vieron sus bienes confiscados o fueron obligados a vender sus empresas muy por debajo de su valor a nuevos dueños «arios» indicados por los nazis. En noviembre de 1938 tuvo lugar la *Kristalnacht* (noche de cristal): en toda Alemania, patrullas organizadas de matones de las SS rompieron los vidrios y saquearon las casas y tiendas de los judíos e incendiaron sus escuelas y sinagogas. Se les prohibió ejercer la mayoría de los oficios y profesiones, volviéndose así a las más oscuras épocas medievales. Se prohibía a los judíos tener propiedades, acudir a mercados o ferias, entrar en cines, teatros y conciertos, usar trenes y autobuses, conducir vehículos e incluso «pisar el bosque alemán.»

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, la situación de los judíos se volvió desesperada. En julio de 1941, Göring, siguiendo instrucciones de Hitler, ordenó a Heydrich «que tomara todas las medidas necesarias... para la solución final de la cuestión judía en toda la Europa bajo la influencia alemana.» Poco después, los judíos fueron obligados a llevar la «estrella de David» (amarilla y de seis puntas). En otoño de 1941, empezaron a ser deportados a campos de concentración en Polonia. La deportación a los campos de concentración de seis millones de judíos de Alemania, Holanda, Polonia, Rusia, Chequia, Hungría y otros países continuó hasta el final de la guerra. Una gran parte se morían por el camino. Otros muchos eran matados a tiros. En los campos de concentración más grandes (como Auschwitz, el mayor de todos), los judíos se introducían por tandas en las cámaras de gas, donde morían ahogados en gas venenoso, como el que emiten los tubos de escape de los motores diesel. Tras media hora, los cadáveres se llevaban en camiones a los hornos crematorios, tras retirar los dientes de oro e incluso el pelo de las mujeres, por si tenía algún valor. Los propios prisioneros judíos tenían que realizar estos «trabajos», vigilados y dirigidos siempre por los miembros de las SS, responsables de toda la operación.

Parece mentira que algo así pudiera ocurrir en un viejo y culto país europeo, pero ocurrió. Y no fue la «sangre» y ni siquiera los genes los que motivaron tamaña atrocidad, sino factores culturales, desde el antisemitismo analfabeto de los nazis hasta la tradición de irracionalismo de una parte de la filosofía alemana. Los soldados alemanes que salían a matar y morir en la Segunda Guerra Mundial llevaban en la mochila una antología de Nietzsche, titulada *Schwert des Geistes: Worte für den deutschen Kämpfer und Soldaten* (Espada del espíritu: Palabras para el combatiente y soldado alemán). No tendría sentido calificar a Nietzsche de nazi (ni siquiera era antisemita), pero su canto a la irracionalidad y la brutalidad despejaba el camino a la violencia nazi. Distinto es el caso de Martin Heidegger, nazi con carnet. Una de las primeras cosas que hicieron los nazis en cuanto conquistaron el poder, en 1933, fue nombrar a Heidegger rector de la Universidad de Freiburg, donde acudía a clase con el uniforme y correa del partido de Hitler para animar a los estudiantes a entregar su vida al servicio militar. Su pensamiento irracional, oscurantista y lleno de frases sin sentido había preparado el terreno a la ideología nazi, eliminando cualquier atisbo de sentido crítico entre sus lectores.

El exterminio de la mitad de los judíos del mundo y de la gran mayoría de los judíos de Europa representó una enorme tragedia, la *shoá* (catástrofe o devastación, en hebreo), también conocida como el holocausto (del griego *holókauston*, sacrificio completo por el fuego).

Educación para la violencia

Ya vimos que la tendencia a la agresividad y a la violencia es en gran parte congénita, como también lo son los mecanismos para su regulación e inhibición. Ya en el parvulario unos niños son más violentos que otros. Y dentro de la misma familia ocurre lo mismo. Es cierto que, al relajarse la disciplina en la escuela y en la familia, estos impulsos afloran con más facilidad. La educación estricta y la represión social pueden mantener las tendencias agresivas en jaque, pero sólo hasta cierto punto. Y no hay que olvidar la influencia del entramado social de premios y castigos a través del sistema jurídico, judicial y policial. De hecho, la conducta humana es una función de muchas variables.

Los genes determinan la estructura global del cerebro, pero este cerebro así estructurado sigue siendo plástico y moldeable, y es precisamente en la infancia cuando más plástico y moldeable resulta. Los moldeables cerebros infantiles provocan el interés de muy diversos grupos de presión, ideológicos, comerciales, militares, nacionalistas y religiosos, que los consideran como objetos de enculturación, programación, adoctrinamiento y lavado de cerebro. Incluso las propias familias y los maestros, generalmente bienintencionados, tratan de modelar esos cerebros, educando a sus portadores. El papel de la educación es obviamente importante en la conformación de los valores y de los hábitos de conducta de los individuos, aunque tampoco hay que exagerar sus posibilidades.

La violencia juvenil es un fenómeno muy preocupante y que de hecho preocupa mucho, aunque no es tan nuevo como a veces se piensa. Se habla mucho de la actual violencia escolar, pero antes había en las escuelas (de todos los niveles) la costumbre de agredir a los nuevos alumnos con las llamadas «novatadas», que eran ceremonias de iniciación humillantes y a veces crueles. Y muchos chicos de los pueblos se entretenían sacando los ojos a los pájaros.

Preocupa la violencia de las bandas juveniles en muchas ciudades, la violencia que se pone de moda en un grupo pequeño de jóvenes y luego se transmite por contagio cultural dentro de una manada más amplia, la gamberrada violenta, la violencia de los *skinheads* y de tantos otros.

A veces los muchachos pacíficos que pretenden entrar en una banda juvenil violenta en busca de camaradería y compañía se ven obligados a realizar un acto gratuito de violencia, como dar un navajazo al primero que pase por la calle, aun sin tener ganas, como un mero rito de iniciación para ser admitidos y reconocidos por la pandilla. Conozco algunos casos terribles, en que la víctima ha padecido el resto de su vida por la inesperada agresión y sus secuelas, que a veces conducen a la muerte. La cuestión de cómo evitar, atajar, reducir y reprimir la violencia juvenil es de enorme interés social.

La plasticidad del cerebro infantil se aprovecha a veces para atizar y fomentar un cierto tipo de agresividad violenta encauzada por los cauces que marca el ideólogo, el patriota o el fanático religioso de turno. Siempre ha habido una educación para la violencia, para la guerra o para la cruzada. En nuestro tiempo, el caso más famoso es el de los miles de madrasas (escuelas islámicas) fundamentalistas, donde los alumnos solo aprenden tres cosas: a recitar el Corán de memoria, a manejar las armas de fuego y a odiar a los infieles (e incluso a los seguidores de las sectas islámicas distintas de la propia). De estas madrasas acaban saliendo los jóvenes fanáticos y calenturientos que luego se inmolan como terroristas suicidas, ciñéndose un cinturón de explosivos y explosionándose para producir una masacre, siguiendo las instrucciones de su guía espiritual, que les ha prometido que despertarán en el cielo de Alá, felices y sin problemas, rodeados de hermosas y complacientes mujeres en un jardín maravilloso. Las fotos y pinturas de estos «mártires» suicidas se colocan luego en las madrasas, como ejemplos a imitar. De esta fuente surgen los numerosos terroristas suicidas que tantas masacres han producido, desde Bali hasta Nueva York, pasando por Madrid, Londres, Nairobi, Delhi y la práctica totalidad de los países islámicos.

Un caso especialmente lamentable de educación para la violencia es el del reclutamiento forzoso de los niños soldados y su subsiguiente transformación en máquinas de matar. Aunque este fenómeno se da en muchas zonas del mundo, aquí voy a limitarme a describir brevemente el caso de Sierra Leona.

Sierra Leona, independiente desde 1961, sufrió una horrenda guerra civil entre 1991 y 2002, durante la cual las tropas gubernamentales y los rebeldes del Frente Unido Revolucionario compitieron en saña y crueldad frente la población civil. Ambos bandos se nutrían principalmente de niños menores de edad, a los que secuestraban y daban a elegir entre ser fusilados en el acto o unirse a sus tropas. Muchos combatientes de entre doce y dieciséis años, armados de un rifle de asalto AK-47, sembraban el pánico en los campos, quemaban casas y personas, mutilaban y amputaban brazos, piernas, orejas y narices y se comportaban como auténticos monstruos. La corteza prefrontal media, donde se regula y en parte inhibe la agresividad, todavía no ha acabado de formarse a esa edad. Los chavales secuestrados deben beber cócteles «explosivos» de sangre, pólvora, cocaína y heroína que los excitan y enloquecen. Sus escrúpulos iniciales se quitan a base de cometer salvajadas. Desde el principio deben manejar las armas y disparar, mutilar y agredir a los civiles con los que se topan, como mero «entrenamiento» y para perder el miedo al combate. En cuanto llegan a la pubertad, violan y mutilan a las mujeres. Cuando, en enero de 1999, los rebeldes, fuertemente drogados, conquistaron y ocuparon durante unos días la capital, Freetown, se lanzaron a una orgía de saqueo y violencia extrema. Patrullaban las calles e iban matando, violando, torturando y mutilando a cuantos encontraban, muchos de ellos niños como ellos mismos. Los hospitales no daban abasto con tantas amputaciones. Al retirarse de Freetown, los rebeldes se llevaban consigo varios miles de niños recién secuestrados, con los que engrosar sus filas. Finalmente, una intervención conjunta de fuerzas extranjeras británicas y de la ONU puso fin a la guerra civil, desarmando a más de 17.000 soldados y rebeldes. Desde entonces ha habido relativa paz y tranquilidad en el país, que

todavía ahora sigue llenos de mutilados y tullidos, de vidas destrozadas y de adultos traumatizados con memorias espantosas.

Ishmael Beah, nacido en 1980 en Sierra Leona, fue un típico niño soldado que sufrió los horrores de la guerra civil que asoló ese país a partir de 1991. Sus padres y hermanos habían sido asesinados por los rebeldes. A los 13 años, Ishmael fue reclutado como niño soldado por el ejército. Enseguida tuvo que aprender a manejar el rifle y a disparar a cuanto se moviese. Luchó durante tres años, disparando y matando cada día, hasta que fue rescatado por UNICEF. En 1999, tras un nuevo golpe militar, huyó a Nueva York. En 2007 publicó un libro de memorias, *A Long Way Gone: Memoirs of a Boy Soldier*, en el que narra sus experiencias. Durante el tiempo que estuvo en el campamento militar, mató «a más personas de las que podría contar». Los niños soldados esnifaban «brown-brown», una mezcla de cocaína y pólvora. La adicción y la presión del ejército hacían imposible la desertión. Según cuenta Beah, la deshumanización de los niños soldados, haciéndoles perder cualquier escrúpulo o compasión, fue más fácil que el readaptarse a la vida civil una vez rescatados. Para él fue un trauma perder a su pelotón militar de niños matones, que se había convertido en su nueva familia. En el mundo todavía quedan unos 250.000 niños soldados, en diversas guerrillas, bandas y ejércitos irregulares.

Cultura de la crueldad

La crueldad consiste en el maltrato doloroso e intencional de una persona o de un animal indefenso, alargando o incrementando su dolor sin necesidad alguna. Este aumento deliberado e innecesario del sufrimiento de la víctima es la esencia de la crueldad.

El daño más grande, como la muerte, no implica por sí mismo crueldad. Uno puede matar a alguien sin crueldad, por accidente, sin darse cuenta, o voluntariamente, pero sin ensañamiento, por ejemplo, de un tiro en la nuca. La crueldad añade a la acción o el delito la intención de hacer sufrir atrocemente, lo que nos produce un horror especial, a no ser que tengamos la sensibilidad embotada.

En el interregno entre 690 y 705 reinó en China Wu Zetian, la única emperatriz de su historia. Wu Zetian (625-705) entró en el harén del emperador Taizong como concubina de quinto rango; tras la muerte de Taizong en 649, pasó a ser concubina de su hijo y nuevo emperador, Gaozong, con gran escándalo de los letrados. En 655 consiguió ser nombrada emperatriz consorte, apartando así del cargo a la anterior emperatriz Wang, a la que más tarde hizo matar cruelísimamente, junto a la concubina favorita Xiao. Wu Zetian hizo que los brazos y piernas de las dos mujeres fueran apaleados hasta romper sus huesos, que les cortasen las manos y los pies y que, en ese estado de dolores atroces, las dejasen agonizar durante varios días, metidas en tinajas de vino. Tras la muerte de Gaozong, continuó gobernando en la sombra. En 690 asumió directamente el título de emperador y ocupó el trono imperial, cosa nunca vista antes ni después en China. Fue una figura compleja, maquiavélica, ambiciosa y sin escrúpulos, que alternó los ramalazos de pacifismo budista con la más refinada crueldad.

Montaigne, Montesquieu y los pensadores de tradición liberal han considerado la crueldad como el más odioso de los vicios. La lucha contra la crueldad ha sido considerada como el primer objetivo de las instituciones políticas. El horror moral que produce la crueldad ha sido el motor de la lucha por la abolición de la tortura, que anteriormente había sido una práctica procesal normal.

En noviembre de 2001 unos gamberros entraron por la noche en el refugio de una sociedad protectora de Tarragona y cortaron con una sierra mecánica las patas delanteras a quince perros, dejándolos desangrarse hasta la muerte en una agonía espantosa. Media España quedó conmocio-

nada de horror. En un mes se recogieron más de seiscientas mil firmas exigiendo la reforma del Código Penal y un castigo ejemplar para los culpables. Sin embargo, el juez de lo Penal de Reus imputó a un solo individuo, al que finalmente dejó en libertad sin cargos. En vista de la indignación que causaba esta situación, el gobierno remitió a las Cortes en 2003 una propuesta de modificación del Código Penal, en el que se introducían penas de prisión de menos de un año para casos extremos de maltrato de animales domésticos, modificación que entró en vigor el año siguiente. La crueldad no conoce fronteras y amenaza a cualquier criatura capaz de sufrir.

El adjetivo castellano *cruel* viene del latín *crudelis*, que a su vez procede de *cruur* (sangre derramada). *Crudelis* es el sanguinario, el que hiere hasta verter sangre, o el que se complace viendo cómo la sangre brota de las heridas. En los anfiteatros de la Roma antigua, gladiadores y animales salvajes se despedazaban mutuamente durante horas, para cruel regocijo de una plebe grosera. En el sentido literal de la palabra, esos espectadores que se complacían viendo derramarse la sangre eran crueles. Su crueldad contrastaba con la sensibilidad más refinada y suave de los griegos clásicos, aficionados al atletismo y al teatro de ideas.

Desde la Baja Edad Media hasta principios del siglo XVIII toda Europa era sucia, chabacana, supersticiosa y cruel. Muchas calles estaban llenas de excrementos, las pestes y epidemias diez-maban la población, y las matanzas, torturas y mutilaciones estaban a la orden del día. Ahora la tortura ha disminuido mucho y se practica en secreto, se esconde, se niega, no se hace de ella un espectáculo. Esto es nuevo. Durante la mayor parte de la historia, la tortura más espeluznante ha sido aplicada de un modo rutinario. Los procedimientos penales tendían a que el condenado no muriese de golpe, sino que su agonía fuese lo más atroz y prolongada posible. Descoyuntar sus miembros y despellejar o quemar viva a la víctima eran prácticas habituales. Gran parte de estas truculencias se efectuaban en público, como espectáculo para las masas.

Los espectáculos más populares eran las ejecuciones públicas y las quemas de herejes, delin-cuentes o sediciosos. Hace menos de dos siglos que estos macabros pasatiempos han entrado en decadencia. Y hace menos de un siglo que la tortura nos ha empezado a parecer algo intolerable, que hay que erradicar. A pesar de todos los horrores de nuestro siglo, ha habido un cierto progreso moral.

La última ejecución pública celebrada en Madrid tuvo lugar en 1890: se aplicó el garrote vil a la criada que mató a su señora en el famoso crimen de la calle Fuencarral. Se abolieron las eje-cuciones públicas

para decepción de un amplio sector del pueblo —niños incluidos— que gustaban de este espectáculo, y para escándalo de los sectores más conservadores de la sociedad, que opi-naban que al hacerse privada, se había despojado a la máxima pena de su más profundo sentido, su carácter ejemplarizador. En fin, que nunca más el pueblo llano madrileño podría ya solazarse con aquella especie de romerías, en las que se pasaba un buen rato, amenizado por el bullicio y la animación espontánea, y con los puestos de golosinas y los tenderetes de bebidas que se instalaban para mejor disfrute del espectáculo.²

Las ejecuciones públicas continuaron siete años más en Barcelona, hasta 1897, como espectá-culo siempre bien concurrido. Había un escenario, la tarima de ejecución, dos actores, el verdugo y

2 Rafael Núñez. *Tal como éramos: España hace un siglo*. Madrid: Espasa, 1998, pp. 253-254.

el condenado. Si el verdugo se equivocaba o el condenado se asustaba demasiado, la gente gritaba y tiraba piedras. Era un entretenimiento, un jolgorio para los espectadores, mientras los vendedores ambulantes ofrecían chufas y golosinas. La puesta en escena era grandiosa, con curas encapirota-dos y militares uniformados, como se aprecia en el cuadro «Garrote vil», de Ramón Casas (1894). Previamente a la ejecución, con frecuencia a los reos se les amputaban manos, orejas y nariz y se los paseaba en procesión por las calles, de modo que frecuentemente no llegaban vivos al cadalso. Los balcones y terrazas de las casas adyacentes estaban abarrotados de espectadores.

El sistema de ejecución más usado en todas partes era la horca, por lo fácil y barato que resul-taba. Bastaba con coger una soga, asegurarla por un extremo en un madero elevado, formar en el otro extremo un lazo con nudo corredizo y hacer pasar por él el cuello del condenado, dejándolo suspendido, hasta que su propio peso provocaba su estrangulamiento y muerte. Los nobles, sin embargo, morían de otra manera, degollados o incluso ahogados. Fernando VII introdujo el garrote vil, que aplastaba la tráquea del reo, asfixiándolo; en Cataluña, el garrote vil tenía además el añ-a-dido de un punzón que rompía las vértebras cervicales y destruía la médula. Los militares morían fusilados. Anteriormente, la Inquisición quemaba vivos a los herejes que no se convertían, pero si se convertían en el último momento, los estrangulaba antes, por lo que la mayoría se convertía para evitar el sufrimiento del fuego.

En París, las ejecuciones mediante la guillotina fueron públicas hasta 1939. Aunque menos multitudinaria, también la tortura pública de osos, toros, gallos, perros y otros animales tenía su público soez y apasionado. Las peleas de gallos y de perros siguen practicándose de forma más o menos legal o clandestina en diversos países. En los siglos XVI y XVII muchos miles de gatos —identificados con el diablo y la brujería— eran quemados vivos en público, en general en cestos sobre el fuego, a la altura justa para alargar al máximo su agonía. Sus gritos agónicos hacían reír a carcajadas al público. En algunas ciudades de Bélgica, en las fiestas, se arrojaban gatos desde las torres de los ayuntamientos al suelo adoquinado. En el siglo XIX los gatos de verdad fueron sustituidos por muñecos de trapo con forma de gato, que todavía hoy siguen arrojándose.

En la España del siglo XVII los nobles aburridos, cuando no estaban cazando, entretenían sus ocios alanceando los toros a caballo. El pueblo llano los torturaba a pie. En el Alcázar de Madrid se laceraba y acribillaba a los toros hasta que éstos, desesperados, se lanzaban por un portillo abierto al precipicio posterior, que daba al Campo del Moro, en el que caían y se estrellaban, destripándose y lanzando sus vísceras por el aire, con gran regocijo de una corte grosera que aplaudía. Esta cos-tumbre se extendió a otros sitios, con ocasión de visitas reales. El historiador Juan Alvarelllos nos describe un despeño de toros celebrado en Lerma en presencia del rey Felipe III:

Consistía esta invención en que cuando el animal estaba desangrándose, acosado por todas partes y buscando salida para huir, abríase de pronto la puerta que había en el pasadizo, debajo del palco regio, y el animal, ávido de libertad, se precipitaba por ella ciegamente. Un sencillo mecanismo le impedía retroceder si se daba cuenta del peligro, y el toro caía rodando por la cuesta, que en aquel sitio ofrece pronunciadísima pendiente. Varios balcones de que, a la parte del campo, estaba provisto el pasadizo, permitían a sus ocupantes contemplar la caída del noble animal que, rodando por el precipicio, iba a parar al Arlanza. Algunos toros llegaban ya muertos, desnucados, otros quedaban moribundos, con los miembros rotos.

La crueldad no era ni es una originalidad étnica o racial de los españoles, sino una característica común de la Europa pre-ilustrada. En Inglaterra, las fiestas de toros no eran menos crueles que

en España. Desde el siglo XII hasta el XVIII eran frecuentes los espectáculos de *bull-baiting*, en los que el toro era hostigado, acribillado, atado y mordido por perros (*bull-dogs*) especialmente amaestrados. Esta fiesta se celebraba en un *bull-ring* o plaza de toros circular, con los espectadores situados en gradas alrededor. También se practicaba el *bull-running*, comparable a los encierros de San Fermín y a las torturas callejeras de toros al estilo de Coria. La actual sensibilidad de los ingleses por los animales no es ninguna virtud racial, sino el resultado de un largo proceso cultural de aprendizaje intelectual y moral. Al menos desde la publicación de *Los principios de la moral y la legislación*, de Jeremy Bentham, los intereses de los animales pasaron a ser también objeto de preocupación ética y jurídica, basada en su capacidad de sufrir. Las ideas ilustradas se fueron imponiendo poco a poco. Los espectáculos basados en la crueldad fueron prohibidos en toda Inglaterra en el siglo XIX.

La España negra de toreros, borrachos e inquisidores, caricaturizada por Goya, había perdido todos los trenes de la ilustración, sobre todo después del ostracismo de afrancesados y liberales, como el mismo Goya, y del restablecimiento del absolutismo en Fernando VII, instaurador de las escuelas taurinas. En su época cuajó la actual corrida, surgida de la variedad plebeya o a pie de la tauromaquia. Todavía a principios del siglo XX las corridas eran mucho más violentas que hoy. El público que acudía a las plazas no se andaba con remilgos y exigía espectáculos de la máxima violencia y crueldad. Una de las diferencias con la corrida actual estriba en que los caballos de los picadores no llevaban protección. La bravura de las reses se medía por el número de caballos destripados.³ (Todavía ahora los caballos de los picadores que participan en las corridas tienen las cuerdas vocales cortadas, para que no puedan gritar de dolor). Había sangre, mugre y tripas por todas partes.

Los toros siempre han sido pacíficos rumiantes, herbívoros sin la más mínima predisposición a atacar a nadie, por lo que con frecuencia, y a pesar de los puyazos que sufrían, se quedaban quietos y «no cumplían» con las expectativas de la plebe soez que los contemplaba. Como «castigo» se le ponían al toro banderillas de fuego, es decir, cartuchos de pólvora que estallaban en su interior, quemándole las carnes y exasperando aún más su dolor. Más tarde las banderillas de fuego fueron suprimidas, sobre todo para no espantar a los extranjeros, a los que se suponía una sensibilidad menos embotada que a los encallecidos aficionados hispanos.

El mundo está lleno de barbaridades y crueldades que forman parte de la cultura tradicional del lugar donde se practican. Pero la cultura es una realidad dinámica, no estática, y es precisamente eliminando sus aspectos más siniestros y crueles como la cultura progresa. Los españoles y mexicanos no somos más crueles por naturaleza que los ingleses, aunque en este asunto de las corridas estemos más atrasados, pues estamos donde ellos estaban hace dos siglos. Ya hemos abolido la inquisición; estamos luchando contra el maltrato de las mujeres; y próximamente —espero— aboliremos las corridas de toros y convertiremos las dehesas taurinas en parques naturales.

Bibliografía

- Beah, Ishmael. *A Long Way Gone: Memoirs of a Boy Soldier*. New York: Farrar, Strauss & Giroux, 2007.
- Domènech, Joan de Déu. *L'espectacle de la pena de mort*. La Campana. Barcelona, 2007.

3 Rafael Núñez. *Tal como éramos: España hace un siglo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1998. p. 192.

- Eller, Jack David. *Violence and Culture: A Cross-Cultural and Interdisciplinary Approach*. Wadsworth Publ. Co, 2005.
- Huertas, David. *Violencia, la gran amenaza*. Alianza Editorial. Madrid, 2007.
- Khlevniuk, Oleg V. *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror*. Yale University Press, 2004.
- Lorenz, Konrad. *Das sogenannte Böse: Zur Naturgeschichte der Aggression*. Borotha-Schoeler. Viene, 1963.
- Mosterín, Jesús. *La naturaleza humana*. Madrid: Espasa, 2006.
- Pinker, Steven. *The Blank Slate*. Penguin Books, 2002.
- Sanmartín, José (coordinador). *El laberinto de la violencia: Causas, tipos y efectos*. Ariel. Barcelona, 2004.
- *El terrorista: Cómo es, cómo se hace*. Ariel. Barcelona, 2005.
- Singer, P. W. *Children at War*. New York: Pantheon, 2005.
- Sueiro, Daniel. *La pena de muerte*. Alianza. Madrid, 1974.
- Tobeña, Adolf. *Anatomía de la agresividad humana: De la violencia infantil al belicismo*. Galaxia Gutenberg. Barcelona, 2001.

